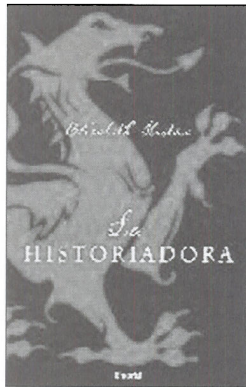


Inquisición. Además, en nuestro tiempo, en una Sevilla pesadillesca sometida a un cielo pesado y oscuro, la Inquisición está a punto de recuperar el papel de antaño.

A lo largo de más de trescientas páginas nos pasearemos por las zonas suburbanas más degradadas de la Sevilla actual, entre sanatorios abandonados, iglesias en ruinas y aparcamientos malolientes, y conoceremos una delirante galería de personajes, encabezada por viejos curas inmersos en crisis de fe, indigentes asilvestrados que, más que hablar, muerden, y religiosos de dudosa moralidad.

El manuscrito de Dios es, en suma, un excelente debut del autor, a quien se le intuye tanta pasión por el cómic y el cine de serie B como por los grandes clásicos de la literatura. Está resuelta de forma espectacular y cinematográfica, a la vez que conserva un sublime y desgarrado estilo literario. No encuentro ninguna definición de esta obra mejor que la proporcionada por Paco Ignacio Taibo II: «Estamos ante el resultado de un apareamiento entre Neil Gaiman y Valle-Inclán».

David G. Panadero



ELIZABETH KOSTOVA

La historiadora

Trad. Eduardo G. Murillo

Ed. Umbriel

Col. Narrativa

698 págs. 19,00 €

Topicazo con colmillos de barro

Llegué a *La historiadora* a través de una reseña en Salon.com que la comparaba favorablemente con *El código Da Vinci*, comparación que no estoy en situación de verificar, puesto que no he leído la novela de Dan Brown. Abundaba en elogios del tipo: «Esta es una historia de vampiros, de las cuales hay sin duda ya demasiadas, pero renuncia al extravagante gore y al aún más extravagante manierismo de la moderna novela de vampiros».

No frecuento el género de vampiros, pero la reseña me convenció para leer la novela si alguna vez tropezaba con ella. La encontré en un aeropuerto, la leí, y la habría olvidado acto seguido si no hubiera sido por la inverosímil campaña publicitaria que se ha desencadenado con motivo de su publicación en España.

Desde el principio resulta obvio que es una historia de vampiros «de las que hay demasiadas». Que nadie busque novedades como las que desarrolló Tim Powers en *La fuerza de su mirada*, esbozó John Connolly en el relato “Miss Froom, Vampire” o, incluso, arriesgaron los guionistas de *Buffy cazavampiros*. Es cierto que no hay mucha sangre en la novela, pero todos los tópicos stokerianos están escrupulosamente recogidos.

No se tarda mucho en descubrir que el libro es un ladrillo desprovisto de ritmo. Kostova se demora en detalles irrelevantes para dar color local, insuflar [in]verosimilitud y, supongo, llenar el número de páginas que le exigía su editor. Gracias a esta práctica, habitual en la literatura estadounidense, tenemos la ocasión de apreciar su desconocimiento de la historia y la geografía europeas. Dado que los tópicos e incorrecciones son numerosos, me limitaré a citar mi favorito: un baile flamenco improvisado en la calle... en una ciudad del sur de Francia en la década de 1970.

Estas imprecisiones le importan bien poco al lector estadounidense, que necesita su dosis de clichés y es indulgente con los despropósitos. Pero lo que resulta inexcusable son los numerosos fallos de la trama. Sólo insistiré en uno de ellos. Dado que desvelo parte del desenlace, si a alguien le interesa leer el libro, le aconsejo que se detenga ahora.

La objeción más importante radica en que la respuesta a la intriga principal —¿quién deposita los libros que llevan a los historiadores a emprender la búsqueda?— deja bastante perplejo: durante todo el libro se nos da a entender que se trata de una orden centenaria conjurada para eliminar al vampiro y, súbitamente, al final, se nos lleva a creer que es el mismo Drácula el que los distribuye, cual testigo de Jehová repartiendo panfletos. Si así fuera, ¿por qué dedicaría sus esfuerzos a disuadir a los investigadores y hacerles perder la pista? ¿Por qué algunos receptores del libro no son visitados y otros son perseguidos hasta la muerte? ¿Tener un bibliotecario privado es, a fin de cuentas, todo el interés de Drácula? Si es así, muchas alforjas para tan poco viaje.

El argumento, unidireccional y lleno de resquicios, culmina con una escena que dura apenas cinco páginas y que deja al lector preguntándose: «¿Y eso es todo?». Supongo que por esa razón Kostova añadió la coda, que amenaza con una secuela y elimina cualquier resto de coherencia que le quedara a la historia. Un último anticlímax, adecuado para una novela blanda, lenta y profusa en incoherencias, interesante tal vez para fanáticos de la literatura de vampiros y/o de las danzas populares balcánicas. No he leído la traducción española, ni lo creo necesario: los defectos de *La historiadora* no son de un tipo tal que puedan ser arreglados con una buena traducción.

Enrique G. Martín-Romo